

Comentario al evangelio del domingo, 22 de mayo de 2022

## LAS NUEVAS PRESENCIAS DEL RESUCITADO

---



«*Ahora que estoy a vuestro lado*»... Jesús les da sus últimas recomendaciones y también algunos regalos como despedida. «*Me voy y vuelvo a vuestro lado*». Ciertamente que es una despedida

enigmática: «Me voy y vuelvo». Seguramente que en aquellos momentos no entendieron nada de nada. «*Me voy al Padre, pero vuelvo a vuestro lado*». Lo entenderían mucho después.

Jesús les explicó **distintos modos de su nueva presencia**. Estará junto al Padre, pero a la vez estará con sus discípulos, nosotros. Podríamos decir: a partir de ahora vais a experimentar en vosotros mi presencia, pero de otra manera. Y también: vosotros vais a ser «el lugar» donde los hombres podrán encontrarme. Ambas cosas. ¿Dónde o cómo será esto? Nos interesa mucho, porque esto es lo que llamamos fe: la experiencia viva de la Presencia del Señor que se encuentra conmigo... sin dejar de estar con el Padre.

Enumero estas presencias, sin orden de prioridad. No se trata de «alguna de ellas», sino de todas juntas, complementándose entre sí, sin excluir ninguna:

+ Primero: Jesús les ha anunciado que «*cuando dos o más de ellos se reúnan en su nombre allí estará en medio de ellos*». Quiere decirse que **la comunidad fraterna**, el grupo de apóstoles que se aman entre sí, que se reúnen en su nombre, que dan testimonio del Resucitado, que oran juntos, que comparten sus bienes, que meditan y disciernen juntos, que parten juntos el Pan... es el «lugar» de su presencia, donde acudiremos para encontrarle.

+ Segundo: **La Eucaristía**. Sobre todo se refiere a celebrar juntos la Cena del Señor. Los hermanos compartiendo el mismo pan y la misma mesa, con un solo corazón y una sola alma, unidos entre sí. A ello se refiere insistentemente usando el verbo «*permanecer*». El que permanece en mí, el que está unido a mí como la vid a los sarmientos, el que come de este pan...

+ Tercero: El pobre, el enfermo, el hambriento, el emigrante, el preso son también sacramentos de Jesús. Son lugares sagrados donde, al acogerlos estamos acogiendo al mismo Jesucristo. Recordáis, ¿no? *Tuve hambre, sed, estuve enfermo... y me acogisteis*. **La caridad como atención**, servicio, atención, compañía, alivio... son la ocasión de poder encontrarnos con él. Algunos preguntarán «cuándo te vimos en esa situación»? Pero los suyos sí que lo sabemos. «*Cada vez que... conmigo lo hicisteis*».

+ Cuarto: «*Haremos morada en él*». El interior de cada uno es el lugar habitado por el Espíritu de Jesús. En lo más profundo de ti mismo, en lo mejor de ti mismo, en el fondo de tu ser, de tu conciencia... puedes experimentar su presencia vivificadora, luminosa, fortalecedora. **La oración personal**, cerrando la puerta de tu cuarto y escuchando en silencio, te permitirá escuchar su voz. Somos templos de Dios, como dejó dicho San Pablo.

+ Y quinto: «*El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él*». La Palabra de Jesús guardada en el corazón. Precisamente el Evangelio de hoy insiste en ello.



Los católicos tenemos bastante clara la presencia de Cristo en la Eucaristía, y nos provoca sincera devoción y para muchos es el centro de su vida espiritual. Sin embargo, debiéramos profundizar y dar mayor relevancia a las otras presencias indicadas. En particular voy a referirme a la última, ya que nos ha dicho hoy Jesús: «**El que me ama guardará mi palabra**». El Concilio Vaticano II, citando a San Jerónimo, nos recuerda: «*La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo*» y añade: «*Recuerden que a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras*».

*Os aliento a que acerquéis a vuestra vida la Palabra de Dios. Es Dios mismo quien nos habla. Todos los días, en el inicio del día, en medio o por la noche, leamos, escuchemos y meditemos un texto de la Palabra de Dios, pues no solo experimentaremos cómo Dios habla, sino que encontraremos esa Palabra que todos necesitamos para hacer el camino de nuestra vida y que viene de Dios mismo, que es Palabra hecha carne. Cuando nos acercamos a la Palabra, nos acercamos a Cristo. Todos los seres humanos están deseosos de una palabra que les dé salidas y ofrezca caminos, ¿cómo no desear que Cristo nos hable, si Él es la Palabra definitiva, clara, contundente, viva, que Dios dice a toda la humanidad? (+Carlos Cardenal Osoro, arzobispo de Madrid, 23 Mayo 2019)*

No podemos escuchar o leer la Escritura como un libro más. No. Es Palabra de Dios, en la que Él comienza un diálogo con nosotros en lo más profundo del corazón. Como escribía san Agustín después de una larga vida de búsqueda: «he llamado a la puerta de la Palabra para encontrar finalmente lo que el Señor me quiere decir».

No tardaremos en celebrar la fiesta grande de los Hijos del Corazón de María. Ella, como amaba tanto a Jesús, guardaba su Palabra, meditándola en lo más profundo de sí misma. Demos a la Palabra de Jesús el lugar que se merece: leámosla en nuestra oración personal, preparemos la Misa leyendo antes las lecturas, estudiémosla (no es un libro fácil)...

Termino con unas palabras de un santo padre de los primeros siglos de la Iglesia:

*Lo mismo que prestamos atención para que no se nos caiga al suelo nada de nuestras manos cuando se nos entrega el Cuerpo de Cristo, así tenemos que prestar atención, a fin de que no caiga de nuestro corazón la palabra de Dios que generosamente se nos da, lo cual sucede si pensamos en otra cosa o nos ponemos a hablar (en vez de escuchar). Quien oyese con negligencia la palabra de Dios, no sería menos culpable que el que hiciese caer por tierra, por negligencia, el Cuerpo de Cristo.* (Cesáreo de Arlés, † 543)

**Enrique Martínez de la Lama-Noriega, cmf .**  
Imagen superior **Red Mundial Oración del Papa.** Imagen inferior **Isabel Guerra**

Enrique Martínez de la Lama-Noriega, cmf

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org](http://www.ciudadredonda.org)